

EL LEGADΦ DE LOS ZARES

Constantino Ávila Pardo

Introducción

Cuentan de un sabio que, preocupado con los problemas del mundo, pasaba horas y horas encerrado, pensando en cómo solucionarlo.

Un día, su hijo de siete años, aprovechando la puerta abierta, entró en su despacho: una pregunta sucedía a otra y ninguna podía quedar sin respuesta... El científico, nervioso por la interrupción, le pidió al niño que fuese a jugar a otro lado. Viendo que era imposible, pensó en algo que pudiera distraer su atención y le dejara tranquilo. Por fin encontró la solución. En una revista, a doble hoja, aparecía un mapa del mundo. Llamó al niño a su mesa y con unas tijeras recortó el mapa a pedacitos. Luego le dio un papel grande, pegamento, y le dijo:

—Aquí tienes un puzle gigante. A ver si eres capaz de recomponer «este mundo» sin ayuda de nadie.

Pensó haber dado con la solución para tener la mañana tranquila, pero no fue así. Pasada una hora oyó al niño que le llamaba tranquilamente:

—Papá, papá, ya hice todo, conseguí terminarlo.

Al principio el padre no creyó al niño. Pensó que sería imposible que a su edad hubiese conseguido recomponer un mapa que jamás había visto antes. Desconfiado, el científico levantó la vista de sus anotaciones con la certeza de que vería el trabajo digno de un niño. Pero para su sorpresa el mapa estaba completo. Todos los pedazos habían sido colocados en sus debidos lugares. ¿Cómo era posible? ¿Cómo el niño había sido capaz?

—Hijito, tú no sabías cómo es el mundo. ¿Cómo lo lograste?

—Papá —respondió el niño—, yo no sabía cómo era el mundo, pero cuando sacaste el mapa de la revista para recortarlo vi que del otro lado estaba la figura de un hombre que sí sabía cómo era. Cuando conseguí arreglar al hombre, di vuelta a la hoja y vi que había arreglado el mundo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

1

Yago y Nico

Yago estaba a punto de alcanzar uno de los sueños que más había deseado a lo largo de su vida. Se encontraba en la sala de espera de la notaría, acompañado del señor Jacinto y todos sus herederos, con los que tenía pactada la compra de una finca agrícola. A Yago le atraía la idea de dedicar parte de su tiempo a la restauración de aquella casona destartalada para sacarla del lamentable estado al que había llegado.

El hecho de que la casa se encontrara en situación de abandono fue crucial para que se pudiera efectuar la adquisición, ya que el precio era mucho más bajo. Aun así, Yago gastó todos los ahorros conseguidos a lo largo de su vida profesional dedicada a la docencia. Ahora, cuando le faltaban unos años para jubilarse, cumplía el sueño de su vida albergando la esperanza de disfrutarla con toda su familia cuando fuera «rico en tiempo». Aparte de la casa, componían la finca una treintena de hectáreas de tierras de cereales y bosques de encinas, hayas y pinos: un lugar idílico para retirarse a mantener ese contacto intenso con la naturaleza.

Desde la puerta entreabierta del despacho del notario, el oficial llamó al señor Jacinto y a sus beneficiarios. Yago quedó solo en la sala de espera y tomó una revista para hacer tiempo. El reloj goteaba lentamente los minutos. Estaba deseoso de que finalizara aquel acto que le transformaría en dueño de tan deseadas tierras. Luego el empleado llamó a Yago y el notario, estre-

chando su mano, le ofreció una silla. Leída la escritura de compraventa, todos la firmaron. Así Yago adquirió, en pleno dominio, la finca denominada Casa del Oleao, situada a unos diez kilómetros del pueblo.

Al día siguiente, Yago llevó a su esposa y a su nieto a visitar la finca recién adquirida. El todoterreno rugió tomando la carretera en dirección a la partida de La Vega, donde se encontraban las tierras compradas. Al descender del vehículo, cerca de la casa, encontraron montones de escombros procedentes de algunos muros derruidos por el abandono y la falta de uso.

—No me extraña que nadie quisiera comprar este derribo —comentó Neus.

Entonces Yago se apresuró a convencerla de que todo aquello tenía solución y sería reparado sin excesivo coste, eso sí, con muchas horas de trabajo.

—No te preocupes, mujer. Tú conoces mi inclinación por este tipo de cosas. No escatimaré ningún esfuerzo para restaurarla y hacerla perfectamente habitable. Además, cuento con que Nico se contagie de mi entusiasmo y me ayude en esta tarea.

—Sí, abuelo —respondió el pequeño—, cuenta conmigo. Estoy deseando que llegue el sábado para venir a ayudarte. ¿Cuándo empezamos?

Yago agradeció la vehemencia con que su nieto se ofrecía a ayudarle. Significaba un respaldo importante para convencer a Neus de que la idea era buena.

—No tengas prisa, Nico. Primero dedicaremos tiempo a venir y recorrer la finca, identificar los hitos¹ que la delimitan, o descubrir sus rincones más destacados. A la vez, estudiaremos a conciencia todas las posibilidades, con el fin de elaborar un plan de actuaciones, para no cometer ningún error.

Dieron varias vueltas alrededor de la casa observándolo todo: la bóveda del horno se había desprendido; el tejado del pajar estaba muy deteriorado, dejando a la vista parte del cañizo y del entramado de maderas que lo sustentaban; el muro de las cuadras presentaba un ligero desplome hacia el exterior; la puerta de entrada estaba carcomida y agujereada; la fachada, llena de profundos desconchados...

Yago abrió el portón con la pesada llave de forja y los tres pasaron al interior. El portón dio paso a una oscura y destartada estancia. Los ojos de Yago precisaron de unos instantes para acostumbrarse a la falta de luz, pero pronto descubrió un hilo luminoso, que se filtraba por las maderas de una ventana cerrada con aldabillas². Al abrir las dos hojas, la luz se precipitó en el interior y puso de manifiesto el lamentable estado del habitáculo, empolvado y desordenado. Yago se temía algún comentario negativo de su mujer, y se apresuró a presentar el lado bueno de todo aquel cúmulo de desastres.

—Fijaos qué chimenea tan impresionante. Algún día podremos encender fuego y asar chuletas.

—¿Podré invitar a algún amigo? —preguntó Nico.

—Pues claro que sí —respondió Yago aliviado.

¹HITO: Poste de piedra que sirve para indicar la dirección o la distancia en los caminos o para delimitar terrenos.

²ALDABILLA: Pieza de hierro en forma de gancho que sirve para cerrar puertas, ventanas, cofres, cajas, etc.

La campana de aquella chimenea era tan ancha como la sala y su profundidad, mayor que la estatura de un hombre. Así lo demostraban los poyos³ contruidos a ambos lados, que en otros tiempos fueron cama de pastores y muleros. Yago levantó el brazo para tocar un madero que en su día sirvió de sustento a la base de la campana y, al comprobar que estaba podrido por la humedad, evitó hacer algún comentario al respecto. En su mente fraguó la idea de que aquel sería el primer objetivo en la restauración de la casa.

Al llegar a la cuadra y descubrir las paredes llenas de telarañas, los aparejos y collerones deteriorados y roídos por los ratones, y el piso cubierto de estiércol añejo y reseco, Yago interrumpió la visita por el interior. No quería que creciera en Neus el pesimismo, ni que pensara que había hecho una mala compra.

—Vamos a dar un paseo por los alrededores —propuso Yago— y así estiramos un poco las piernas. Además, pronto será hora de que volvamos al pueblo.

—Sí, abuelo, vamos. Quiero ver las perdices.

—No será fácil que las veas a estas horas.

El sol de mediodía obligó a un paseo muy corto. Un águila culebrera trazaba espirales en el cielo, buscando alguna presa que llevar a su nido. Nico no subió al todoterreno hasta que la rapaz quedó transformada en un punto perdido en el horizonte lejano. Y Yago puso el motor en marcha, regresando al pueblo por un camino distinto del que habían utilizado para ir.

³ POYO: Banco de piedra, yeso u otra materia, que ordinariamente se fabrica arrimado a las paredes, junto a las puertas de las casas de campo, en los zaguanes y otras partes.

Cuando mi abuelo compró la finca, yo tenía once años y poseía un carácter inquieto y activo, de manera que necesitaba espacios amplios donde desahogar mis impulsos. Mi madre, hija de Yago, me comparaba con un rabo de lagartija, comentando aquello de: «Nico, te voy a poner una tila para desayunar». Dicen que era avispado e inteligente y que, aunque me costaba reprimirme, solía tener buen comportamiento en el colegio y en la familia. Sentía predilección por Yago, con quien siempre me entendí de maravilla y al que acompañaba, desde muy pequeño, a todas partes. En muchas ocasiones, acudía a él en busca de respuesta a las incógnitas que me iba planteando la vida, o solicitando ayuda para resolver alguna tarea escolar que se resistía.

Mi abuelo comentaba que, al hablar, me sonreían las palabras...

2

El mochuelo

Don Nicolás Ibáñez, mi abuelo, ejercía su profesión de maestro en el Instituto de Secundaria del pueblo. Se empeñaba en transmitir sus conocimientos de Matemáticas a un centenar de alumnos de los primeros cursos, deseando sacar el máximo rendimiento a las capacidades de los chicos. Intentaba motivarlos, pero no siempre lo conseguía. La sociedad actual atrae a los alumnos hacia otros intereses, y para muchos, la escuela resulta un suplicio. Pero don Nicolás, a quien la mayoría de chicos llamaban Yago, tenía muy claro que debía exigir dedicación y empeño, porque, según comentaba, «si el alumno no cree en el esfuerzo, la escuela es un fraude para él».

El último día del curso sintió amargura por tener que suspender a varios chicos, que no habían dado ni la menor excusa para aprobar. Se despidió de sus compañeros y se marchó a casa, estrenando así las vacaciones. Tenía planificado el trabajo que haría en la finca y vino a buscarme.

Yo disponía también de vacaciones, y salvo algunas mañanas que dedicaría a natación, estaba a plena disposición de mi abuelo. Esa misma tarde fuimos a la finca para continuar los trabajos, pero esta vez nos acompañó Andrés, el más joven de mis tíos, que estaba próximo a superar las dos décadas de edad. Necesitábamos ayuda para colocar el cargadero⁴ como mi abue-

⁴CARGADERO: Parte superior de las puertas, ventanas y otros huecos que carga sobre las jambas (dintel).